

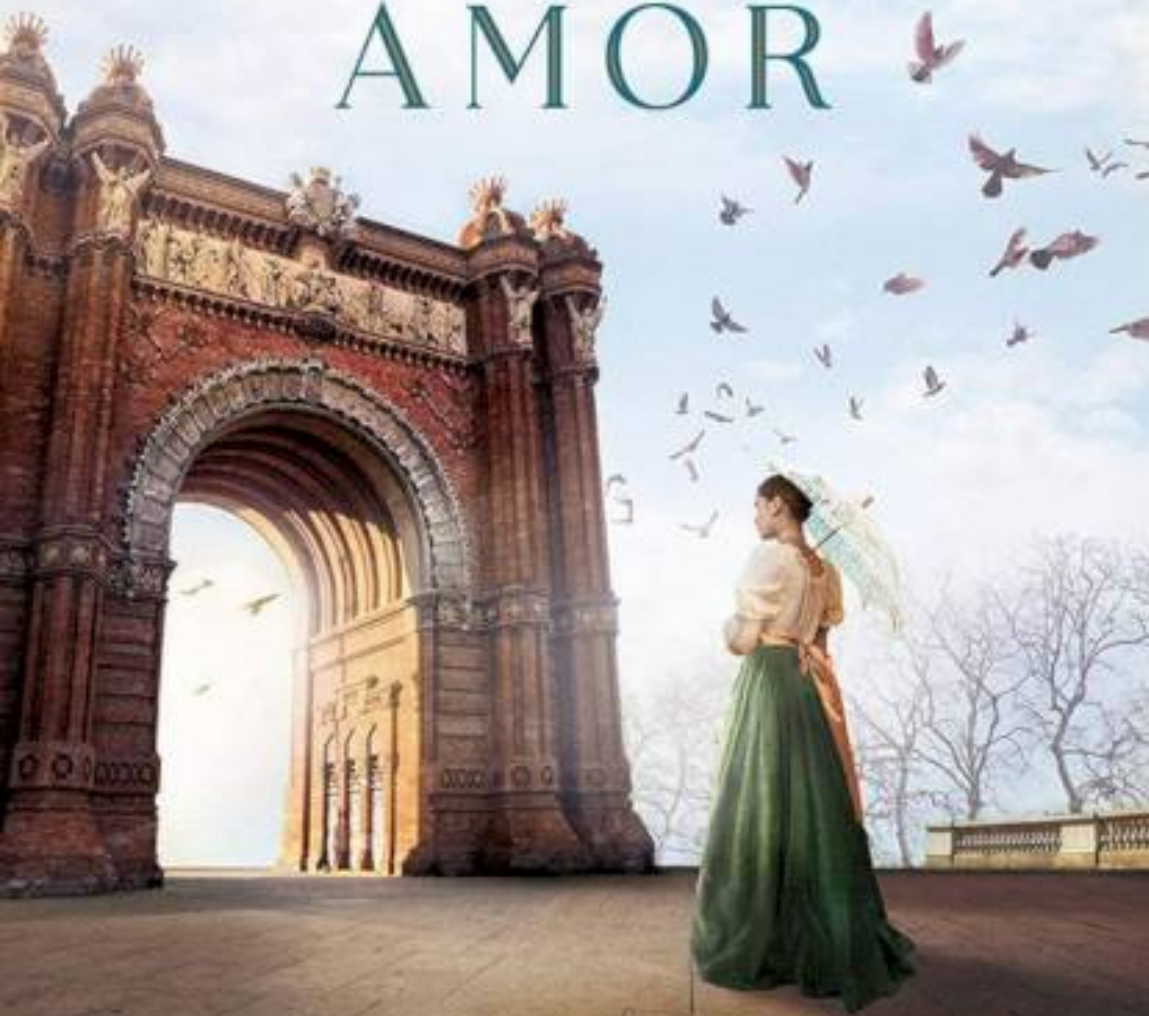
NURIA RIVERA

ESA

LOCURA

— LLAMADA —

AMOR



Esta es la historia de un beso, de una pasión y de cómo a veces el amor se convierte en locura.

La Barcelona de la Exposición Universal de 1888 será testigo del amor entre un médico y una modista. Una pasión que cuenta la historia de un beso.

Gonzalo Losada provoca la ira de su padre cuando decide abandonar su puesto de cirujano para especializarse como médico de enfermedades mentales en otra ciudad, con el mejor neurólogo del momento. Inés Ribas, hija de un empresario textil catalán, tiene el sueño de convertirse en diseñadora de modas. Su padre, que la consiente en todo, solo le pondrá una condición.

El destino es caprichoso y coloca a Inés en el camino de Gonzalo. Este queda prendado de ella nada más verla y busca un acercamiento, pero no sabe que la modista lo utilizará para ganar un reto.

Tiempo después coinciden en una fiesta y ninguno de los dos ha olvidado su fugaz encuentro. Atrapados por la pasión que desborda sus corazones, se hacen promesas de amor, pero la vida los empuja por caminos separados hasta que vuelven a encontrarse. Ambos han cambiado. Los malentendidos, el rencor y los celos, la familia y la traición se interponen entre ellos. Gonzalo descubrirá que tiene en su poder la llave para ser feliz o perder a Inés para siempre.

Índice de contenido

Cubierta

Esa locura llamada amor

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre el autor

Notas

A Gabriel, por estar siempre a mi lado

1

Barcelona, 12 de junio de 1886

Gonzalo Losada Martí creció con la falsa ilusión de poder escoger con libertad una profesión. Cuando terminó el colegio, su imaginación lo había llevado a soñar con ser general del ejército o incluso ministro del Gobierno y tuvo que enfrentarse a la idea de optar por una carrera en la que profundizar sus estudios y a la que consagrar su vida, como había visto hacer a su padre y a su abuelo. Creía que tenía libertad de elección. Cuán alejado estaba de los designios de su padre, que ya había trazado en su mente su futuro profesional desde los años de la primera infancia, como había hecho con su hijo mayor y como, por supuesto, haría con la pequeña.

La decisión no era sencilla, aunque, como miembro de la burguesía catalana, seguir los preceptos paternos era casi una obligación y lo había aceptado con cierta resignación. Sin embargo, él no quería seguir el deseo de su padre, sino el suyo propio. Y eso era un problema. Iba a tener que esforzarse en defender su postura si quería ser dueño de su futuro.

Con esa idea entró en la biblioteca, donde tendría lugar el encuentro con su padre. Incapaz de esperar sentado, caminaba sobre sus propios pasos a la vez que ponía en orden sus pensamientos. «¡Maldita sea!». Odiaba verse así,

con un sentimiento de culpa que le estrangulaba la boca del estómago, como si lo que quería hacer fuera a convertirse en la peor decisión de su vida. Había postergado demasiado aquella conversación e iba a costarle enfrentarse a su padre, pues no iba a ponérselo fácil.

En un intento de centrar su atención, quiso repasar lo que iba a decirle. Pero el inconsciente es traicionero y, en vez de eso, su mente se abrió a recuerdos de otro tipo.

Tenía diecisiete años cuando don Rodrigo lo premió a decantarse por una de las opciones que le presentó: el estudio de las leyes, para seguir así los pasos del abuelo Calisto, como abogado; o la medicina, como ejercía él. Poco importaba lo que su hijo quisiera. Las alternativas eran esas y no otras, y lo peor era que Gonzalo sabía que, eligiera lo que eligiese, uno de los dos acabaría decepcionado. Así que, para agradar al padre, escogió su misma profesión y se preparó para convertirse en cirujano.

Cumplió su promesa y con veintidós años se licenció; dos años después obtuvo el doctorado. Empezó su residencia en el hospital de la Santa Creu a la vez que asumía su lugar junto a su padre en la consulta privada. El tiempo pasaba y su entusiasmo decrecía. Cada vez le costaba más seguir un deseo que no era el suyo, pero tuvo que ocurrirle aquel incidente para que se diera cuenta de que algunas cosas no pasaban por casualidad.

Ese era el tema que, en realidad, le quitaba el sueño y le hacía caminar en círculos por la biblioteca de la casa de sus padres, sin ser capaz de dar con la mejor forma de enfocar la conversación.

Le pareció oír unos pasos al otro lado de la puerta y templó los nervios. Su padre se acercaba. Quería mostrarse tranquilo para exponerle con claridad sus ideas. Tuvo la impresión de que el dolor de cabeza que lo aquejaba desde que se había levantado acababa de subir un grado.

Don Rodrigo no acudía solo. Lo acompañaba el abuelo y, tras ellos, las mujeres entraban en la habitación, entrete-

nidas en una conversación sobre moda. Solo faltaban Manuel y Marionna, sus hermanos. «Por Dios, esto parece un tribunal», pensó a la vez que tragaba saliva. Había esperado una conversación privada, pero estaba visto que en la familia Losada todo se hacía en comité.

El abuelo Calisto se sentó en un sillón y con un gesto casi imperceptible lo animó a defender sus intereses. Gonzalo esperó a que todos estuvieran sentados y, sin ser capaz de hacerlo él mismo, se mantuvo en pie y empezó a improvisar, explicando la ocupación que desempeñaba desde hacía unos meses. A medida que hablaba, la cara de su padre se crispaba y su madre le dedicaba sonrisas tensas. Sabía que era un duro golpe para don Rodrigo descubrir que su hijo no quería seguir sus pasos ni encargarse de su consulta, como él había proyectado hacía tiempo. Que se dedicara a otra cosa que no fuera la cirugía lo enfurecía. Además, parecía que a su madre fuera a darle un síncope.

—Padre, esto es lo que en realidad deseo para mi profesión. He encontrado mi vocación. Quiero estudiar las enfermedades de los nervios. Por eso es importante que me traslade a París y aprenda del mejor. En estos momentos, la Salpêtrière es el lugar idóneo para mi formación.

Su padre lo miró de hito en hito, a la vez que por el rabillo del ojo echaba un vistazo a su mujer, quizá preocupado por si se desmayaba y tenían que salir corriendo a por sus sales. Gonzalo se envalentonó al no recibir ningún argumento en contra y siguió con su discurso, pero se equivocó. De pronto, un grito parecido a un alarido lo detuvo.

—¡Por encima de mi cadáver! ¿Has oído? ¡Por encima de mi cadáver! —chilló su padre—. ¿Tu vocación? ¿De verdad crees que has encontrado tu vocación? Di más bien que huyes de ella. —Don Rodrigo se acercó a su mujer y le tomó una mano. Estaba pálida y se recostó lánguida sobre los cojines del sofá—. Vas a matar a tu madre.

—Padre...

—No exageres, hijo —intervino el abuelo. Con parsimonia, se levantó y se dirigió hacia un armarito, sacó un frasco del interior y lo abrió para dárselo a su esposa, que trataba de socorrer a su nuera.

—Querida... Elvira. —La abuela acercó el pequeño bote a la nariz de su nuera, que en breves segundos se repuso.

—¡Por Dios, hijo mío! —exclamó doña Elvira—. ¿Por qué quieres trabajar con los desahuciados de la sociedad?

—No son desahuciados. Son enfermos mentales.

—Pero ¿por qué no quieres ser médico? —continuó su madre—. Mira a tu hermana: María Elvira ha seguido, como tú, los pasos de tu padre y te admira. Dice que tienes un don con los enfermos. ¡Desea seguir tus pasos! Y Dios sabe que no entiendo por qué quiere estudiar si, cuando se case, su marido no dejará que esté tantas horas en el hospital.

—Por favor, madre, no me lo ponga más difícil. No me voy a la guerra. Nunca seré un buen cirujano. —Miró a su progenitor—. Tengo la oportunidad de ir a la escuela de neurología en la Salpêtrière, en París, y trabajar con el doctor Charcot. Es uno de los mejores... Lo siento, padre, no tengo su habilidad en la mesa de operaciones, pero desde que estoy en Nueva Belén...

Su padre miró al abuelo y Gonzalo se dio cuenta de que todavía creía que seguía en el hospital de la Santa Creu como médico cirujano. Don Calisto se encogió de hombros.

—Le dije que no se metiera, me ha desautorizado. ¡Es mi hijo!

—Rodrigo..., si es lo que quiere —replicó doña Elvira.

—¡No! No te pongas de su parte. Tiene que ayudarme en la consulta. No puede marcharse. —Se dirigió a su hijo y, haciendo hincapié en cada una de sus palabras, lo amenazó—: Si no me obedeces y rechazas esa plaza, no te daré una sola peseta para irte.

—¿Sabes, hijo? —intervino doña Carmen, la abuela de Gonzalo—. Esta conversación me resulta un poco familiar.

—Manuel no se ha quejado de seguir mi consejo en su profesión; le gusta la economía y lleva muy bien los negocios familiares —refutó Rodrigo con relación a su hijo mayor.

—Me refiero a que esto mismo lo escuché hace bastantes años. Eras tú quien defendía que la medicina era tu pasión y no las leyes, y quien quiso ir a Madrid a trabajar con Alarcón porque tenía que ver otros hospitales.

Su esposa lo miró atónita, al igual que Gonzalo, pero Rodrigo Losada era demasiado orgulloso para dar su brazo a torcer, y su hijo lo sabía. No iba a facilitarle las cosas.

—No era lo mismo, madre. La cirugía es una profesión con prestigio. ¡Salva vidas!

—No siempre —intervino Gonzalo, y se ganó una mirada furibunda de su padre, pero no se amedrentó y continuó con su alegato—: Cada vez más, pero aún no lo cura todo, y la gente todavía cree que ir al hospital no garantiza la recuperación; en cambio, sí puede acabar sus días allí. Debe adaptarse a los nuevos tiempos. La medicina pasa por la palabra y otras técnicas más recientes, no todo es cirugía. Ya le he dicho que debe modernizar sus ideas. Por ejemplo, utilice la bata blanca; ese nuevo uniforme es mucho más higiénico que su traje, con el que va a todos los sitios.

Rodrigo clavó en él la mirada y luego en el abuelo.

—Ese no es el tema —replicó—. Ni una peseta, ¿me has oído?

—Padre, iré con su apoyo o sin él.

—Sea.

Con esa palabra, el padre salió de la sala y dejó envuelta en lágrimas a su mujer, que al ver que se marchaba salió detrás de él suplicándole que reconsiderara su decisión.

Gonzalo se desplomó en uno de los sillones y se cubrió la cara con las manos.

—Te lo dije, no digas que no te avisé.

Desde hacía meses, don Calisto conocía sus dilemas existenciales. No es que el chico hubiera ido a contárselos,

sino que él los había averiguado a través de su amigo Juan Giné y Partagás, representante de la cátedra de Patología quirúrgica y, a la postre, su profesor y referente. Él le había ido con el cuento y a su abuelo le había faltado tiempo para llamarlo a su despacho. Tuvo que darle explicaciones, igual que se las había dado a Partagás en la facultad de medicina. No entendía por qué tanto revuelo; solo le había ocurrido dos veces, pero, avergonzado, tuvo que confesar que la vista de la sangre le había dado aversión. Creyó que se lo contaría a su padre, pero lo que le dijo le sorprendió.

—Vuelve a hablar con Giné y acepta lo que te proponga. Que no te despisten su oratoria fácil y su verbo retórico; ese hombre hace mil cosas a la vez. Sabrás que, además de su actividad docente, dirige Nueva Belén. Estoy convencido de que tendrá un lugar para ti en su sanatorio. Allí encontrarás de todo, aunque no demasiada sangre —bromeó don Calisto—. Pero no empieces nada sin decírselo a tu padre; esa contienda corre de tu cuenta.

Sí, se lo había advertido. De aquella conversación habían pasado meses, y la actividad que ejercía en el hospital lo llevó a ser médico residente en neurología. Su inquietud por formarse lo alejó del doctorado en cirugía que ansiaba su padre y lo acercó a la otra disciplina.

Qué rápido había pasado el tiempo. En su fuero interno sabía lo que iba a ocurrir cuando desvelase su decisión y no por eso le dolía menos. Parecía que su padre no iba a dirigirla nunca más la palabra. Lo había decepcionado.

La voz del abuelo lo sacó de sus pensamientos.

—No es contigo con quien está enfadado —le anunció—. A veces creo que nunca olvidará algunas cosas. No importan los años que pasen.

Don Calisto había sido un hombre absorbido por su trabajo. Su prestigio como abogado y economista propició que lo solicitaran desde Madrid. Sin dudar, acudió y vivió allí durante años, mientras que su mujer y sus dos hijos permanecieron en Barcelona. Entonces había pensado que era

su deber; no le agradó la decisión, pero tuvo que aceptar. Creyó que sería temporal; sin embargo, el tiempo pasó y se perdió la mayor parte de la infancia de sus hijos. Desempeñó cargos de importancia en la Abogacía del Estado y en la Administración, y se codeó con gente de la corte, donde se granjeó buenas amistades. Incluso lo propusieron para cónsul, pero consideró que diez años de su vida ya eran muchos para entregarlos a la noble causa y que ver a su familia dos o tres veces al año no le compensaba, y decidió regresar.

Lo hizo en un momento crucial. Unas fiebres casi se habían llevado a su segundo hijo, José Manuel, y él se sintió muy culpable por la ausencia. Además, tuvo que cargar con el reproche de su primogénito, quien en un enfrentamiento le dijo que jamás se dedicaría a las leyes ni a otra cosa que no fuera preservar vidas; gracias a su intervención, la de su hermano se había salvado.

Pero el tiempo puso las cosas en su sitio y de aquel enfado solo quedaban los recuerdos, reminiscencias que resurgían cuando algo se escapaba del control de Rodrigo. El hermano siguió el camino del padre a través del derecho y él sí que había llegado a ser cónsul. Pero antes, cuando Rodrigo decidió ser médico, defender sus razones provocó el segundo enfrentamiento con Calisto. Quizá la culpa que siempre acompañó al abuelo lo ayudó a recapacitar, le permitió dejarle elegir el camino deseado y modificó sus valores. «Cada persona tiene un objetivo en la vida. Los hijos no deben seguir el camino de sus padres, sino construir el suyo propio», solía argumentar cuando se posicionaba en ideas progresistas. Por eso siempre era un gran defensor de sus nietos en cuanto a sus elecciones. Los tiempos habían cambiado y los hijos ya no eran propiedad de los padres, o eso intentaban algunos.

La abuela, sabedora del torbellino de ideas que pululaban en la cabeza de su marido, se levantó y le dio a Gonzalo unos papeles y un sobre.

—Debe de ser el orgullo Losada lo que mueve a tu padre, pero no dudes de que será el primero en decirte adiós.

Dicho esto, la abuela salió de la sala y dejó a Gonzalo más perplejo si cabía.

—¿Qué es esto?

—Tu abuela te cede la casa de Muntaner para que puedas tener tu espacio cuando regreses, quizá te sirva como consulta, y te da una asignación mensual para que no tengas ninguna dificultad en tierras galas.

—¿Mi abuela?

—Bueno, tu padre ha tenido que firmar algún papel para que podamos hacerlo. No queremos desproteger a tus hermanos ni a tus primos.

—Pero, entonces ¿él está de acuerdo? —preguntó ofuscado.

—Debiste hablar antes con él, se ha sentido engañado.



Horas después, Gonzalo fue al encuentro de Bernat Ferrer, su mejor amigo. Quería contarle cómo le había ido con su padre e informarlo de sus planes para marcharse cuanto antes. Su amistad se remontaba a los años de colegio, cuando Bernat apareció por la escuela vestido como un pueblerino, mirando de reojo a todos los compañeros de aula. Lo sentaron junto a él y tuvo que compartir su pupitre. Pero «el nuevo», como empezaron a llamarlo, no hablaba con nadie. Un día, su abuelo y su padre le dijeron que lo invitara a casa a jugar y a tomar un chocolate. A él le parecía el niño más triste que había visto nunca, pero resultó ser un buen adversario en las guerras simuladas que inventaban. Luego supo que su padre había muerto y que era su tío el que se hacía cargo de su educación. Desde aquella tarde,

se hicieron íntimos. Además, ambos habían crecido con una figura paterna exigente, pero él tenía la suerte de contar con su abuelo, que lo protegía siempre, pues las circunstancias de la vida le habían ablandado el corazón. Más de una vez, después de una travesura, se había escondido bajo su escritorio, entre sus piernas; sabía que aquel era el lugar más seguro del mundo, porque su padre, al preguntar por él, no osaría contradecir al abuelo cuando este, con tono autoritario, le dijera que no lo entretuviera con asuntos domésticos. Parecía que las cosas no habían cambiado demasiado: seguía protegiéndolo.

Gonzalo miró su reloj con impaciencia. Habían quedado en el paseo de Gràcia, donde su amigo tenía que hacer unas gestiones, pero se retrasaba y eso empezaba a ser una costumbre.

Distraído, miró hacia los comercios, cada vez más abundantes en aquella zona del Eixample que, junto con la Rambla y zonas adyacentes, se había convertido en el nuevo eje neurálgico de la ciudad. Le llamó la atención una joven dentro de un escaparate, perdida en sus pensamientos. Una sonrisa pícaro se le adivinaba en el rostro. Con ojo observador y la tranquilidad de mirar sin ser visto, contempló la figura estilizada envuelta en un modelo de vestido alejado de las modas que imperaban en el momento, quizá demasiado sencillo, según su parecer. Con mente enardecida, le pareció exquisito no tropezar con metros de tela, enaguas o el polisón si metía las manos debajo de las ropas y le palpaba las calzas.

Un golpe sobre el hombro lo sacó de sus lascivos pensamientos. Al girarse, Bernat le dedicó una mueca contrariada.

—¡Al fin apareces! ¿Por qué llegas tarde esta vez? —inquirió con tono socarrón.

—Lo siento, me han entretenido. —La expresión de su rostro le anunció que no habían sido unas faldas.

—¿Algún problema? —preguntó curioso.

—Por lo visto, el lunes llegó de Madrid la noticia de que el gobernador conde de Xiquena se ha suicidado.

—¿El hijo del duque de Vivona? ¿Ese no está emparentado con la casa de Medina Sidonia?

—Sí, amigo, pero los grandes de España también tienen problemas. Por lo visto, el conde se encontraba rendido por el trabajo y magnas preocupaciones.

Gonzalo se rio con discreción. Para él, velar por la seguridad de la reina regente no debería ser una carga preocupante. Era la viuda de España, la viuda de la monarquía.

Mientras escuchaba a su amigo desgranar los desvelos de la regia mujer, por el rabillo del ojo no dejaba de escrutar la escena que se producía tras la vidriera de la tienda de enfrente. Se estremeció al percibir que la joven quizá se había pinchado, al ver como se llevaba uno de los dedos a la boca. «Ese gesto..., Dios. Es deliciosa», pensó. Luego, la joven sujetó con los labios, fruncidos en un simpático mohín, los alfileres y se dispuso a colocar un nuevo pañuelo. Intuyó al observarla que no aceptaría que quedase expuesto de cualquier forma, solo de aquella que le agradara. Gonzalo simulaba que atendía a su amigo mientras no se perdía ni un instante de la escena que se le antojaba fascinante y, sin darse cuenta, dejó que su cara mostrara una mueca bobalicona.

—No seas malpensado —lo censuró su amigo al malinterpretarlo—. Recibía muchos anuncios de posibles atentados contra la vida de la dama y él temía por el desorden social y el país. Voy a colaborar con el diario *La Ilustración Ibérica* para escribir un artículo.

—Entonces tengo que felicitarte. —Lo miró de frente—. El gusanillo de las noticias te ha atrapado.

—He de decirte que me han propuesto participar en un nuevo proyecto periodístico. Ya te contaré si sale adelante. Me temo que mis días de asueto han llegado a su fin.

Bernat lo miró satisfecho. A Gonzalo le pareció que su amigo había encontrado algo que lo motivaba y eso lo lle-